

Los inocentes niños

Soy un chaval que en general le gusta todo, desde juegos de mesa, quedarme un sábado a ver una peli, irme de copas con amigos, hasta irme de fiesta a 200 km si hace falta. Por ello, si alguien me propone algo siempre acepto. Un día como otro cualquiera en clase, donde hay todo tipo de conversaciones, hablábamos sobre cosas que nos daban miedo, uno hablaba sobre las arañas, otras sobre las cucarachas, pero uno de mis amigos habló sobre fantasmas y psicofonías. Ese ya fue el tema ya principal de todos. Unos hablaban de miedo, otros de que le daba igual ese tipo de temas, otros no creían en eso y se enfrentarían a lo que fuera, mi respuesta a ello fue: no me da miedo, no creo, pero tengo respeto, entonces al cabo del rato conversando se propuso jugar a un juego.

Hay cosas a las que nunca una persona debe de jugar ni debe hacer. Y yo pues quise jugar. ¿Tal vez por tener el morbo del peligro? ¿Vencer el miedo? ¿Lo desconocido? lo desconocido llama...fueron tantas cosas que no sé cuál fue la que me incitó a jugar a ello.

Todo comenzó a la salida del instituto cuándo mis amigos dijeron de jugar a la ouija después de esa charla en clase sobre lo que nos daba miedo. Teníamos el fin de semana libre, ya que los exámenes los habíamos terminado y por cierto... con notas muy buenas. Éramos un grupo muy raro. Distintas edades, de pueblos o ciudades distintas, incluso de diferentes nacionalidades. Éramos un grupito muy bueno. Siempre estábamos juntos. Nos gustaban por lo general las mismas cosas y estábamos muy compenetrados a la hora de decidir algo.

Esa tarde quedamos en jugar a la ouija al día siguiente. Isabel tenía una casita a las afuera de su pueblo y podríamos reunirnos allí. No había nadie puesto que ellos vivían en el pueblo y esa casa la tenían más que nada para verano ya que tenía piscina, hacían barbacoas y podían estar con sus amigos allí sin temor a que nadie les dijera nada por el ruido tanto de voces como de música. Manuel, tenía un tablero que había encontrado a un lado de un contenedor de la basura. De ahí su interés por el tema de fantasmas. Le había llamado la atención porque estaba metido en una bolsa de jugadores de fútbol muy chula, cosa que a él le encanta, y sobresalía una tabla de madera extraña. Cogió la bolsa porque no sabía que era y se lo llevó a casa y se puso a buscar en internet que podía ser eso. Hay tanta información en internet sobre todo que no tardó en encontrar lo que era e incluso encontró las instrucciones para jugar.

Quedamos a eso de las 6 de la tarde, a esa hora estábamos todos en la casa, en dirección a la habitación, mirándonos unos a otros con miedo, terror, suspense e incertidumbre por todo lo que podíamos encontrarnos a la hora de comenzar el juego, de la nueva aventura que podría traernos esa decisión que tomamos en clase. Nos sentamos alrededor de la tabla entre flojas risas temblorosas y aterradas, pero unos por los otros ahí nos íbamos a meter, en un sitio donde ninguno

de nosotros sabíamos el peligro y las consecuencias que podría traernos. Entonces comenzamos con esta experiencia a la que le teníamos respeto y miedo, pero no lo suficiente como para dejar de jugar en ese mismo momento. Apagamos las luces, echamos las cortinas, colocamos las cuatro velas en las esquinas del tablero y el vaso como Manuel había leído, colocamos nuestros dedos encima del vaso después de haber puesto las letras para que pudiera hablarnos alguien desde el mas allá si es que eso era cierto. Las primeras veces nos reíamos sin parar porque uno u otro movía el vaso de broma, diciendo cosas para asustarnos ya que realmente nadie creía que pasaría nada. Pero de pronto todo cambió. El vaso comenzó a deletrear algo rápidamente. Las llamas de las velas empezaron a cimbrar como si alguien soplara. Todos pensábamos que había sido el que teníamos a nuestro lado en plan broma y Rubén quiso dejar de jugar, pero entre todos lo convencimos de que era una tontería, que alguno habría soplado o había sido el viento. De pronto, la puerta se cerró bruscamente, comenzaron a rodar dos pelotas por el suelo y a sonar una campanita y el miedo se apoderó de nosotros. Ahí ya entramos en un miedo donde no supimos cómo reaccionar ni que hacer. Las velas se apagaron. Comenzamos a gritar, a ir de un sitio a otro en la habitación muertos de miedo, sin dirección alguna, encendiendo luces y queriendo llamar por teléfono pero la línea se había ido y estábamos solos en la casa. No había nadie más y nuestros gritos no llegaban a ninguna parte, nadie podía enterarse de nuestro terror.

A continuación, comenzamos a escuchar unos fuertes golpes en las paredes, tan fuertes que parecía que iban a tirar las paredes. ¡Era atronador! Ya veíamos hasta espíritus rondar por la casa debido al miedo o si los estábamos viendo de verdad. Las pelotas se alzaron y se precipitaron hacia nosotros.

De pronto se apagaron todas las luces y un frío helado comenzó a recorrer la habitación y una voz de hombre se empezó a escuchar cada vez más clara y más fuerte. Creíamos escuchar que esas voces decían... “lo pagareiiiiiss... nos habéis molestado, lo pagareiiiiiss...” Había objetos volando. Intentamos salir de la habitación corriendo todos, pero algo o alguien nos cerraba la puerta. Nuestras voces y llantos podrían dejar sordo a cualquiera pero allí nadie oía nada, nadie podía hacer nada. Carlos entró en una crisis de pánico en la que ninguno de nosotros le pudimos ayudar ya que estábamos todos en una situación similar y preocupados de cómo salir de allí. Rubén se desmayó y yo me oriné del miedo que tenía. Todo un desconcierto del que no podíamos salir. Nadie daba crédito a lo que estaba sucediendo. Cuando ya creíamos que más miedo no podíamos tener, un viento helado y terrible, junto a golpes y voces se adueñaron de la habitación. Carlos gritaba que no podía respirar... que algo le asfixiaba. Rubén estaba tirado en el medio de la habitación sin que nadie lo viera... Isabel rezaba en voz alta a pesar de no ser creyente, Marta pudimos verla dándose golpes contra la pared. Estábamos cada uno solos con nuestro miedo...el viento y la voz fantasmagórica.

De pronto, cuando nada podía ir a peor, todo se calmó. Los objetos dejaron de volar, la puerta se abrió sin más, vino la luz y todo volvió a la normalidad. Estuvimos unos minutos sin poder reaccionar por todo lo sucedido, mirándonos unos a otros, preguntándonos con las miradas que había sucedido. ¡No podía haber sido real! Ayudamos a las que peor estaban y salimos de la casa. Estábamos despeinados, golpeados, temblorosos y nuestras caras desencajadas. Fuimos abrazados

sin decir una palabra por los pinos hasta llegar al camino que llegaba a nuestras casas. Respiramos aliviados aun con el miedo en el cuerpo y nos prometimos que jamás volveríamos a repetir una experiencia como aquella. Pero la vida desde ese momento ya nos había cambiado. Carlos sufrió crisis de pánico para el resto de sus días. Manuel ingresó meses después en un centro de salud mental del que nunca saldría. A Isabel le entró miedo a la oscuridad y tenía que dormir con luz e incluso acompañada. Y yo...vivo aterrado. No lo logré superar al igual que el resto de mis amigos. Éramos jóvenes y el miedo nos paralizó y condicionó nuestras vidas para siempre. Si se pudiera dar marcha atrás...si supiéramos donde nos estábamos metiendo... si esa conversación no hubiera salido... jamás habríamos tocado aquel tablero. Ahora nuestra vida sigue y el miedo nos atemoriza. Lo que vivimos aquel día...lo seguimos viviendo día a día. Abrimos una puerta al más allá y lo dejamos entrar en nuestras vidas, que se convirtieron en un infierno.

Aprendí que no se puede dar marcha atrás, que la esencia de la vida es ir hacia adelante. La vida, en realidad, es una calle de sentido único.